

LA MALDICIÓN DE CANDENA

No había luna y el silencio se extendía como una manta sobre el bosque. Solo las bestias grandes, las que pueblan las pesadillas del ser humano, aullaban.

La joven bruja Candena, con la mano sujetándose el vientre y la respiración entrecortada, las sentía cada vez más cerca de la cabaña llamándose unas a otras, avisándose del festín.

No había nada que las atrajera más que la criatura que llevaba dentro.

El nacimiento era inminente.

La mujer respiraba apresuradamente y observaba por la ventana. El dolor comenzaba a nublarle la vista y se secó el sudor de la frente y los ojos. No era capaz de distinguir las siluetas que se movían hacia ella y medían sus debilitadas fuerzas.

Se desmayaría en cualquier momento y no sabía cuánto tiempo aguantaría antes de caer. Quizá entonces las bestias se atrevieran a entrar.

Las noches como aquella eran un mal presagio, y que el bebé quisiera nacer en aquel preciso instante no podía traer nada bueno. La mala fortuna caminaba a su lado, podía sentirla, cenicienta y clara, rozando sus hombros con unos dedos largos que le producían escalofríos en la espalda.

Candena cerró los ojos.

A veces veía mejor a través de los párpados y, al volverse, se topó con el contorno gaseoso de la mala fortuna, con su sonrisa abierta y los dientes blancos; con las manos tendidas hacia ella invitándola a rendirse. Flotaba a su lado, larga y desgarrada, y sus cabellos

se perdían entre las vigas del techo. Siempre la había acompañado. Incluso en los momentos felices en los que pensó que podría burlar al destino, aquella presencia había permanecido visible, como una bruma sobre su lecho o sonriéndole al final del camino.

—¡Ni se te ocurra! —chilló la bruja.

La sombra blanca se tornó turbia y Candena hizo un esfuerzo para abrir los ojos. Allí seguía. Se frotaba las manos y se reía de ella. Candena temblaba como una hoja, y la señaló con el dedo mientras que con la otra mano se abrazaba la tripa.

—Acabará echándote, loca del infierno, recuérdalo —amenazó la joven.

Flaqueó y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.

Tenía que guardar fuerzas para el alumbramiento.

La cabaña de piedra en la que vivía la bruja era más antigua incluso que la catedral de la comarca. No había ninguna más en aquel bosque maldito. Se accedía a ella por un arco de piedra enredado de espinos y, a pocos pasos, se erguía la casa de dos plantas. La cocina estaba abajo y los cuartos arriba. Un angosto corredor comunicaba con un cobertizo en el que se amontonaban trastos y provisiones. En él, estaba la trampilla que daba al sótano.

La bruja había nacido en esa casa. Seis brujas más y la Dama de las Cuevas habían asistido a su madre en el parto, como debía ser.

Ella, sin embargo, estaba sola. Nadie la ayudaría porque nadie ayuda a las renegadas.

Conjuró a la Dama, la bruja más anciana, una asceta que vivía entre este universo y el de las bestias, mientras la criatura que pataleaba en su interior parecía ir a partirle el vientre. El bebé se le había puesto de nalgas y apretaba.

Y de repente dos ojos amarillos y brillantes la observaron desde el bosque.

Candena parpadeó para quitarse el sudor, incapaz de apartar las manos de su tripa. Era como si se le fuera a caer al suelo si no

la sujetaba. Se asomó a la ventana de nuevo y clavó la mirada en aquellas ascuas doradas que rompían la oscuridad de afuera y marchitaban la hierba que pisaban sus pies.

La bruja se sobresaltó pensando que debía de tratarse de una de las bestias de la noche, pero cuando la silueta torcida traspasó el arco de entrada, por fin la vio: era ella, la Dama de las Cuevas. Caminaba lenta y vieja hacia la casa y a Candena le dio un vuelco el corazón. ¡Por fin!

Las fuerzas parecían acompañarla de nuevo. Debía prepararlo todo.

Había esperanza.

Tenía lista el agua hervida, unos paños, los cuchillos y los ungüentos. Solo faltaba la Dama.

¿No podía darse un poco más de prisa la vieja? ¿Cuánto se tardaba en cubrir cinco pasos?

Su caminar era lento. Estaba tan encorvada que la cabeza casi le llegaba por la cintura, pero aun así miraba atentamente al frente con unos ojos sucios e hinchados que parecían recriminarle ya desde lejos.

—¡Date aire, vieja, o no llegas! —la llamó Candena haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Quería continuar chillando, parecer autoritaria, pero no le salían más que susurros.

Ya sangraba sus propias tripas.

Vieja estúpida.

Y cuando la recién llegada se situó ante la joven, la miró de arriba abajo, asqueada.

—Una bruja no pare sola. ¿Y las demás? —le preguntó.

—Que se pudran todas en el infierno. Sácame esto de dentro.

La anciana palpó la barriga de la mujer y alzó la vista de nuevo.

—¿Dónde están las demás? —insistió.

—No están invitadas, ya te lo he dicho —susurraba la mujer mientras el sudor la obligaba a cerrar los ojos—. Este varón es mío. El bosque no podrá arrebatármelo.

La anciana meneó la cabeza.

—Desvarías, Candena. Es una niña y una bruja; si nace sola la condenarás. Será la hija de una renegada, una paria entre la gente del mundo, un parásito para las nuestras.

Pero Candena negó enérgicamente.

—Es un niño. Lo he soñado mil veces y es mío.

La anciana soltó una sonora carcajada.

—Las brujas no tienen niños.

Candena gimió. Era incapaz de articular palabra y solo podía negar con el gesto y el alma. Era su niño, su varón, fruto del amor más hermoso. Era suyo. Nadie tenía derecho a tocarlo. ¡Nadie!

La Dama rio, capaz de escuchar sus pensamientos.

—¿Te enamoraste del muerto? ¿Es eso? Eres miserable y harás miserables a tus vástagos.

A la mente de Candena acudió una imagen de Tildo, su adorado Tildo. Cuánto lo había amado, más que a sí misma y al mundo. Candena cerró los ojos por un segundo y le pareció verlo, apuesto y galán. Bajaba por el prado en una mañana soleada y le traía flores. Casi podía sentirlo, el roce de sus mejillas, la risa, sus dos filas de dientes perfectamente alineadas acercándose a ella antes de besarla, el amor, la vida... Pero después lo vio muerto, con los ojos abiertos y la mirada aterrada, con las pupilas clavadas en ella. Candena se estremeció ante aquella imagen y abrió los ojos de nuevo volviendo a la realidad más cruda. Las piernas le fallaban, pero debía mantenerse firme.

—No tienes ni idea. Sácamelo —dijo Candena. Y sentía como los dedos se le entumecían y la visión se le nublaban de nuevo.

—Las brujas no engendran niños. Los niños son del bosque y de los lobos. Solo las brujas viven y lo que llevas es una bruja, querida. No sueñes con tener un chico.

La Dama parecía divertida. Tenía la cara tan pegada a la de Candena que podía sentir su aliento. Constataba lo débil que estaba la joven bruja y medía la vida que le quedaba por escapar mientras la parturienta negaba y soñaba y se desvanecía.

No podía ser una niña. Sería un niño, su niño. Sería alto como alto fue el padre que no llegaría a conocer. Sería fuerte, haría fortuna y la llevaría en carruaje hasta la ciudad, la sacaría del infierno del bosque. Los varones podían hacer eso; de ahí que las brujas los codiciaran.

Tal vez vivirían en una casa elegante e irían a fiestas.

Candena sonrió en su desvarío. Podía verlo: rubio y apuesto, algo flaco. La llevaba del brazo y caminaban por el centro de las avenidas más anchas. Olía a perfume caro, olía a señor, a elegancia, a... Una contracción hizo que Candena chillara sin poder evitarlo y las avenidas, los perfumes y la claridad de su alucinación se desvanecieron.

Estaba atrapada en el centro del bosque más oscuro, del infierno más temible.

—Sácamelo —suplicó Candena, nerviosa y dolorida.

La vieja la miraba con recelo.

—Poco tienes de bruja, Candena.

—Poco tienes tú de dama, vieja.

Y los ojos de la una se fijaron en la otra. Candena intentaba mantenerse erguida, pero le flaqueaban las piernas. Las sentía húmedas. La sangre le bajaba por las rodillas hasta el suelo.

Había perdido mucha, pero estaba acostumbrada a perder.

Notó como las fuerzas la abandonaban y vio a la vieja sonreír antes de que se le cerraran los ojos del todo y cayera al suelo.

Chilló en sueños y tuvo las más horrorosas pesadillas.

Soñó que el bebé se sacudía dentro de ella y vio a la Dama erguida y sonriente que lo esperaba con un cuchillo. Vio sus ojos amarillos reflejados en el filo y, cuando lo clavó en su vientre, se escucharon por fin los llantos, llantos confusos de un bebé que emergió deforme con cuatro brazos y cuatro piernas.

Soñó también con la cara blanca del espectro de la mala fortuna que sonreía con su gesto loco y silencioso a escasos milímetros de su cara, una niebla que se cernía sobre ella y le besaba la frente.

Cuando Candena abrió los ojos de nuevo, estaba tumbada sobre la cama. Todo le daba vueltas y, al intentar erguirse, no pudo. Escuchaba a su hijo gritar. Un alarido desesperado que significaba mucho más que hambre.

Quiso alargar el brazo, decirle que iba a por él, que nada temiera, pero apenas podía articular palabra. Le dolía terriblemente el vientre y, cuando se lo tocó, no pudo más que dejar escapar un chillido de dolor.

Se miró las manos, pero no atinaba a vérselas. Las tenía mojas en sangre. Percibió un hedor insoportable. Era el de su propia vida, que se le escapaba, y no podía ni siquiera chillar para llamarla de vuelta.

La vieja la había rajado de arriba abajo, de pecho a ingle, y la dejaba a su suerte.

Se llevaba a su hijo.

Vieja decrepita.

Mentirosa.

Pero Candena tenía un as bajo la manga.

Una no traiciona a las brujas para poder conservar a su hijo sin estar preparada para este tipo de contratiempos.

No estaba dispuesta a dejarse vencer tan fácilmente.

La joven bruja cerró los ojos y se concentró en el hechizo que había practicado, el que había pensado en un millón de ocasiones pero que nunca se había atrevido a decir en voz alta.

Era el hechizo más peligroso y mortífero de cuantos hubiera en el mundo, y también el más desesperado. Lo necesitaba.

Se lo tenía bien aprendido, perra Dama.

Tenía que hacer un gran esfuerzo para aguantar viva hasta recitarlo entero y no sabía si podría conseguirlo. Solo escuchaba al bebé llorar, a lo lejos, y a la vieja hablar en susurros y recitar conjuros.

Lloraba mucho. Tal vez le estuviera haciendo daño.

Vieja estúpida. ¡No!

Pero entre las tinieblas de la cocina solo acertaba a ver su silueta encorvada.

Estaba echando leña al fuego. Sabía lo que pretendía hacer y no podía permitírselo.

No, no podía consentirlo. Nunca.

Y susurró el canto. Fue un canto que con cada sílaba le devolvía la vida, un canto que muy pocas sabían, que heredó de la abuela de su abuela. Un canto prohibido. Porque a una no le viene la vena rebelde de la nada, que eso se hereda.

Lo llevaba en la sangre.

Lo entonó despacio para que el demonio que tuviera que escucharlo lo oyera bien y acudiera.

Había sido pensado en una lengua tan antigua que su transcripción había quedado olvidada en libros ya destruidos.

—*Quest estecum nioj djauedns aujih agustebns.*

Sintió que el aire volvía a sus pulmones y notó como la sangre que abandonaba su cuerpo volvía a entrar en él. Era una sensación extraña. Donde había frío comenzó a experimentar un calor muy intenso.

—*Quest estecum nioj djauedns aujih agustebns.*

Sus entrañas se llenaban y volvían a sentirse pesadas y vivas.

Sus brazos tenían fuerza de repente para inclinar su cuerpo hacia un lado. Todo le daba vueltas, pero podía ver mejor a la vieja. Tenía a su bebé.

—*Quest estecum nioj djauedns aujih agustebns.*

Intentó mover las piernas y le respondieron. Notó como las dos partes de su herida abierta se unían de nuevo haciendo que todo su cuerpo se contrajera.

—*Quest estecum nioj djauedns aujih agustebns.*

Candena se puso en pie.

Una silueta oscura se materializó de entre las sombras de un rincón y la joven vio al demonio que había invocado acercarse a ella. Era robusto, con cuernos de toro y piernas de chivo. Tenía la cabeza grande, los ojos separados y una boca enorme de la que pendían brazos humanos que intentaban abrirse paso y salir.

Candena apretó los ojos y siguió cantando. Las pezuñas del engendro repicaban sobre la madera hinchada del suelo.

—*Quest estecum nioj djauedns aujih agustebns.*

Después, se hizo el silencio más absoluto y la bruja abrió los ojos. Lo vio erguido frente a ella y la impresión fue tal que sintió a su alma gritar clemencia. El demonio, con unos ojos que no tenían carne, la miró y vomitó entonces. Vomitó brazos seguidos de cuerpos que se retorcían, unos pegados a los otros, confundidos en una masa deforme, implorando piedad.

Al verlos, los cabellos de la bruja se volvieron blancos de repente. Candena tuvo que dar un paso atrás para no impregnarse de los fluidos en los que se revolvían.

Cuando la boca del demonio quedó vacía, la abrió para preguntar a la joven madre si de verdad estaba dispuesta a servirlo por toda la eternidad.

La bruja asintió, impaciente. No quería ni un segundo para pensar la respuesta. No había marcha atrás.

Se había condenado y era propiedad del diablo.

Dedicaría su vida a adorarlo en un templo abierto a la magia más oscura y, tras su muerte, Candena se convertiría en uno más de esos cuerpos deformes que sangraban bilis y solo abandonaban el martirio para cumplir la voluntad del amo.

Candena abrió la boca y el demonio pasó a través de ella. La bruja se quedó sin respiración mientras el diablo bajaba por su tráquea y acomodaba los brazos bajo los suyos, como si la joven no fuera más que un disfraz que debía ajustarse.

La Dama, que la creía ya muerta, azuzaba el fuego y reía, sin saber lo que se urdía tras ella.

Candena chilló, un chillido que no escuchó más que dentro de su propia cabeza, mientras sentía al demonio ajustarse a sus articulaciones y tomar el control de su cuerpo. Ya no era ella la que movía brazos y piernas, tampoco la que veía a través de sus ojos. Tenía la fuerza del engendro que la había poseído y pudo caminar al fin.

Y caminó hacia la anciana.

Se aproximó a ella y cuando la tuvo cerca le puso el brazo en el hombro.

La Dama alzó la mirada, contrariada, y cuando vio al demonio en los ojos de la joven bruja, los suyos reflejaron el horror más absoluto.

—¿Quién eres? —preguntó al diablo al tiempo que intentaba ponerse en pie.

Candena había vendido su alma para recuperar a su bebé y no se entretendría contestando preguntas a una vieja.

La anciana negó. Apretó al bebé entre sus brazos y el demonio se lo arrancó de las manos sin que la Dama pudiera hacer nada por evitarlo.

Y mientras el demonio lo acunaba con un brazo y dejaba que Candena admirase emocionada lo que acababa de alumbrar, con el otro agarró a la vieja del pescuezo y le metió la cabeza en el fuego.

La infeliz, que no se lo esperaba, no dejaba de patear y producir extraños gemidos, horrorizada.

El fuego, hambriento, se alimentó de la carne y el cabello, de los ojos y los dientes. Crepitó poderoso y creció con llamas amarillas y azules; y el demonio sostuvo a la Dama mientras cantaba amablemente al bebé hasta que la anciana no se movió.

Respiró hondo. El hedor a carne quemada era muy intenso.

Dejó caer el cuerpo de la vieja junto a la lumbre, miró a su alrededor y avanzó hacia una cómoda cercana. Sobre ella, vio una vieja muñeca con pelo negro y rizado, el cuerpo de trapo y la cabeza y las extremidades de cerámica. El demonio sonrió con la boca de Candena y, tras depositar al bebé dulcemente en la cunita, agarró el juguete y se dirigió de nuevo a la Dama. La tomó por el pescuezo y enfrentó los ojos abiertos de la vieja con los de la muñeca.

El demonio rio. Rio mientras la Dama dedicaba su último aliento a intentar evitar que su alma se le escapara para entrar en la carcasa de trapo. En aquel preciso instante, el espíritu de la bruja más anciana del bosque perdió su fuerza, sus conjuros y su don, para quedar atrapado en la muñeca. Candena podría deshacerse de su alma cuando quisiera, siguiendo las instrucciones de

su demonio. Ya no habría más poder ni más magia. De la vieja solo quedó un grito que se fue apagando tras los ojos pintados del juguete. Un chillido desgarrador al comprender que el destino que aguarda a las Damas tras su muerte como bruma y viento, neblina y sabia, le había sido negado.

Se hizo el silencio de nuevo.

A Candena le entraron unas ganas enormes de vomitar. Abrió la boca y con la primera arcada salió la bestia, tan voluminosa que el esfuerzo de expulsarla le rasgó las mejillas junto a los labios como si fueran de papel. Después, el chivo desapareció caminando altivo por la cocina hasta el rincón del que había emergido, dejando a la bruja en el suelo, exhausta y dolorida.

Antes de desaparecer, la señaló para recordarle que tenían un trato y que, en el día de su muerte, volvería a buscarla.

Candena cerró los ojos y sintió un dolor agudo en el brazo que la hizo chillar. Se trataba del brazo con el que había sujetado a la Dama en el fuego. Estaba en carne viva y le dolía todavía más que el vientre.

Sabía que siempre había daños colaterales cuando se trataba con el mal.

Y rabiando de dolor, se acercó al bebé, le miró la carita dulce y bella y lo besó.

Había merecido la pena con tal de verlo tan rosado y perfecto.

Candena sintió que la emoción la embargaba, que la felicidad la hacía temblar y la animaba a recuperar las fuerzas.

«Mi niño».

Era tan parecido a su padre... Sus ojos eran hermosos, las mejillas sonrosadas y, la nariz, perfecta. Si Tilito estuviera vivo, si lo viera, si hubiera podido contemplar aquellos ojitos bellos... pero él ya no estaba. Nunca estaría... como antes. Toda su fuerza y su juventud habían quedado reducidas a un espectro oscuro condenado a vagar sin abandonar los límites de la cabaña.

Candena lloraba de emoción y amor. Era la madre más feliz de todas.

Y cuando le quitó el trapo que lo cubría para comprobar que no tenía heridas, notó que le faltaba el aliento de nuevo.

Era una niña.

¡Una niña!

¡Era imposible! Lo había conjurado en el momento de su concepción. ¡Lo había visto en sus trances cientos de veces! Candena sintió que se le enturbiaba la vista y le fallaban las fuerzas. Había renunciado a las suyas, matado a la vieja y vendido su alma al peor de los engendros por nada.

¡Estaba encadenada al bosque!

Nunca saldría de él.

Chilló y lloró y las heridas de sus mejillas desgarradas se abrieron de manera grotesca. El bebé lloraba también.

La llamaría Sefisa, que en el idioma del diablo significa «la que no vale», y después de decidirlo, se desmayó.